

Jesús, el cubano perfectible

Jorge A. Pomar

COMO POCOS INTELLECTUALES CRIOLLOS, JESÚS DÍAZ encarnaba —encarna ya para siempre— el sueño de la «Cuba posible», esa Cuba equitativa, empedernidamente realista, tolerante y democrática, pero sobre todo alegre y gozosa que prefiere definirse por sus tradiciones y su vocación hedonista, mestiza, cosmopolita, y no por los tenaces mitos y fobias patrioterías de hoy y de ayer que la han hundido en su actual marasmo. No en balde el ex ministro de cultura Armando Hart pronunció contra él su inapelable *fatwá* y más tarde, en plena campaña de reivindicación de intelectuales proscritos, la prensa oficial cubana se ensañó en él y en su revista. Haciendo suyo el lema de que la «cultura cubana es una sola», Jesús dio cabida en *Encuentro* a intelectuales de ambas orillas sin más restricción que la calidad y eso que Christa Wolf llamó «autenticidad subjetiva».

Sin duda la cólera del señor ministro fue el resultado de un atisbo genial en un funcionario casi infaliblemente errático: conociendo su calibre y versatilidad intelectual, sus dotes de organizador y capacidad de convocatoria, Hart previó que la de Jesús no sería una deserción más y que a corto plazo el castrismo iba a pagar un alto precio por la pérdida del autor de *Los años duros*. De hecho, el encontronazo en Zurich con Eduardo Galeano marcaba la ruptura con un izquierdismo empecinado en achacar los males de América Latina al factor yanqui. De ahí a desarmar el andamiaje político-ideológico del castrismo no había más que un paso. Y Jesús no sólo lo dio sino que, como todo lo que emprendía, lo hizo con prusiana sistematicidad, un rasgo de su persona que lo diferenciaba de la habitual incoherencia de nosotros los cubanos.

Mis primeros contactos en 1966 con el mundo intelectual de Jesús Díaz fueron impersonales, a través de los cuentos rulfianos de *Los años duros* y sobre todo de *Pensamiento Crítico*. Corrían los años de la crisis cubano-soviética, y la revista estaba dando a conocer un amplio espectro

del pensamiento socialista contemporáneo. Tras los usuales tumbos en el sistema de becas y el Servicio Militar Obligatorio, yo acababa de ingresar a duras penas en el Instituto Pedagógico Superior. Gracias a los ensayos de Trotski, Gramsci, Luckacs, Garaudy, Marcuse, etcétera, publicados en la revista, mis primeras vagas dudas sobre el sistema condensaron en una especie de heterodoxia cercana a la Nueva Izquierda europea, que era en realidad la línea de pensamiento de los miembros del Consejo de Redacción de *Pensamiento Crítico* y del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, de los cuales Jesús formaba parte. Indirectamente, gracias a vasos comunicantes y empatías intergeneracionales, los estudiantes con inquietudes de la época les debemos nuestras primeras incursiones filosóficas a todos ellos y, en particular a Jesús, que ensanchó también nuestro bagaje literario con las ofertas de *El Caimán Barbudo*.

Esta meritoria labor publicística clasificaba dentro de una actitud que Jesús llamaría más tarde simple «disonancia», habida cuenta de que ni *Pensamiento Crítico* ni *El Caimán Barbudo* enfilaban sus dardos contra el sistema. Como todo desahogo crítico dentro del castrismo, aquella breve y parcial licencia filosófica y literaria de los años posteriores a la Crisis de Octubre y a la cruzada contra los viejos comunistas del PSP, debía estar exclusivamente enfilada hacia Occidente (en el fondo desde la óptica oficial formaba parte de un bien calculado chantaje a la URSS). A diferencia de otros que se refugiaron en su decorosa torre de marfil, en consonancia con un compromiso revolucionario contraído en sus años de clandestinaje estudiantil, Jesús evolucionó literariamente hacia una «disidencia leal», que ya a fines de los años 70 se manifiesta en *Las iniciales de la tierra* y, un decenio más tarde, se radicaliza en *Las palabras perdidas*. Desde *Los años duros*, pasando por las películas *Polvo rojo*, *Lejanía* y *Alicia en el pueblo de Maravillas* (guión) hasta *Las palabras perdidas* y *La piel y la máscara* hay un crescendo que va desde la crítica constructiva hasta la ruptura definitiva con el sistema.

Personalmente lo conocí en 1988 (¿o sería ya en 1989?) en un pleno de la UNEAC, donde me sacó inesperadamente las castañas del fuego. W. L., a la sazón jefe de la Sección de Poesía de la UNEAC, había presentado un informe sobre la golpiza propinada por agentes de la Seguridad del Estado a Carilda Oliver Labra y otros escritores durante una lectura de poemas en Matanzas. Uno de los poetas había recibido un golpe de karate en un ojo, que estuvo a punto de sacárselo, y la «vieja dama indigna» de la poesía erótica cubana un puntapié en el vientre que todavía la tenía defecando sangre. W. L. presentó aquella bestialidad como un «error», lamentablemente instigado (no usó esa palabra) por el presidente provincial de la UNEAC y un coronel de la Seguridad del Estado. En un arranque de indignación o de ingenuidad, o de ambas cosas, me levanté y rompí lanzas contra el funcionario matancero, pidiendo su expulsión deshonorosa de la Unión de Escritores. Tras un breve *impasse*, entre las galerías de caras de piedra y de «yo no fui» que se ven en la UNEAC cada vez que se menciona a la pavorosa policía política, un rostro enrojecido de rabia me cortó la palabra, increpó a W. L. por «chiquearle» el nombre al

funcionario matancero y exigió la apertura de una investigación de los hechos con todas sus consecuencias. Jesús Díaz había arrojado a la palestra su prestigio y su temible coherencia. Roto el hielo y definida la correlación de fuerzas a nuestro favor, se desataron otras lenguas críticas y W. L. hubo de batirse en retirada. Había que evitar a toda costa un escándalo internacional: el ministro de Cultura presionó, Carilda recibió todo tipo de atenciones y honores y, al menos de boca para fuera, los culpables recibieron castigo.

No recuerdo que hayamos hablado en aquella ocasión. Pero juntos le habíamos clavado una banderilla al minotauro del DSE (Departamento de Seguridad del Estado). Años más tarde, en 1994, nos encontramos en el exilio alemán. Yo había recibido una beca del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD) y vivía en el mismo edificio de la Schlüterstrasse que fue su primera dirección berlinesa. A pesar de ser un hombre en permanente carrera contra el reloj, Jesús pasó enseguida a recogerme. Lo primero que me llamó la atención fue la total ausencia de esas ínfulas elitistas de que, con razón o sin ella, suelen hacer gala los literatos cubanos. Me llevó enseguida a su casa, me presentó a su familia y tuvo la gentileza de sacarme una copia de *La piel y la máscara*, novela que acababa de terminar. Conversamos como si nos conociéramos desde la infancia. El rubicundo Jesús era el «clásico blanco pintado de negro», la mejor manera de decir que un blanco criollo nos parece más cubano que blanco...

Aquí en Europa —me alertó Jesús después de que diéramos una conferencia a dos manos en la Casa de las Culturas del Mundo, en Berlín— no éramos bien vistos por la izquierda ni tampoco por buena parte de la derecha, sin hablar ya de los inmigrantes latinoamericanos. Y aunque la situación estaba cambiando, lo más que se lograba era que la quinta columna castrista enmudciera temporalmente cada vez que la testarudez de los hechos les daba algún nuevo mentís. Una verdad como un templo con la que yo habría de chocar a menudo en la tierra de Goethe y Schiller.

Charlando una noche por la Kurfürstendam, le señalé un gran lumínico rojo con las siglas «PCC» en la acera de enfrente al tiempo que, de repente, justo desde ese mismo edificio cruzaba la calle una escuadra de esos fornidos mocetones de la policía antimotines con sus hinchados uniformes verde olivo y sus góticas cachiporras:

—¡Agárrate, mulato, que ya están aquí! —me dijo jocosamente Jesús, haciendo la misma funesta asociación que yo.

—¡Tamo cojío, compay! ¡No hay escape! —bromeé yo también.

—No creas —añadió tras una de esas carcajadas que le sacaban las lágrimas y le ponían la cara roja como un tomate—, aquí también tienen gente que te hará sufrir. Pero déjame decirte que siempre me ericé...

El gracioso incidente nos hizo caer en el tema de la desertión y la culpa. Ambos nos sentíamos aún de izquierda, revolucionarios y, por tanto, instintivamente desertores. Éramos víctimas de un atavismo que se remonta al tabú primitivo de la ruptura con la grey y que aún hoy está en la base de la fobia a romper con el caudillo. Mencioné a Elías Canetti (*Masa y poder*). Uno podía

darle todas las vueltas que quisiera al asunto, entenderse a sí mismo, sentirse digno, justificable, irrefutable... Pero en el fondo nunca lograba desprenderse del todo del perverso estigma. Además —más él que yo en razón de su mayor prestigio—, quienes con la vana esperanza de un cambio habíamos estado tanto tiempo comprometidos con el castrismo, ahora nos veíamos cogidos entre dos fuegos. Por un lado, habíamos quemado las naves y no teníamos vuelta al redil. Por otro, difícilmente seríamos aceptados por la *mainstream* del exilio histórico. Ciertamente, tanto él como yo habíamos sido objeto de ataques. Él, infinidad de veces. Yo, hasta donde sé, acusado al menos por un señor: «La persona que ha escalado más rápidamente en la disidencia es Jorge Pomar, tan negro como Bonne, que en mayo de 1991 era miembro del Partido Comunista y tres meses después era parte del ejecutivo de un grupo de oposición. Lástima que resultara ser un provocador de la Seguridad, aunque la culpa es, con toda seguridad, de algún blanco.» Roberto Luke Escalona, *Odios raciales*. (Reproduzco textualmente la diatriba porque de algún modo me produce un inmenso placer.) Pero ambos habíamos tenido el coraje de decir abiertamente lo que Jesús recomendaba en particular a los demócratas de izquierda: «Bien, me equivoqué, y ahora lo reconozco y denuncio que Castro es un dictador tan deleznable como lo fueron Franco o Salazar, *aunque eso me obligue a revisar críticamente parte de mi propio pasado.*»

Cierta obsesión autocrítica suya me hizo pensar entonces —no se lo pregunté— que en ello podía estar pesando el famoso comentario en *Persona non grata*. Jorge Edwards refiere en su testimonio que, tras haberse presentado en la Universidad de Chile como capitán de la Seguridad del Estado, Jesús Díaz habría respondido a una pregunta sobre las novelas de Severo Sarduy y Cabrera Infante con el siguiente desplante: «¿A qué hemos venido aquí: a hablar de literatura o de gusanos?» En el número 16/17 del 2000 de la revista *Encuentro*, Jesús negó de plano la acusación con palabras que no dejan lugar a dudas: «...jamás fui miembro de la Seguridad del Estado, ni me presenté como tal en sitio alguno [...] Jorge Edwards no estaba presente en aquella conferencia, doy por hecho que actuó sin mala fe y que fue mal informado, pero le agradecería mucho que lo aclarara.»

En verdad, ningún otro ex intelectual de la Revolución ha sido tan insistente ni ha ido tan lejos como él en la autocrítica de sus yerros de entonces. Y pocos han sido tan constantes y efectivos en su labor de aglutinación y reconciliación. No por una opción de principio o de mero gusto sino porque, en general, Jesús consideraba que las actitudes de los cubanos de dentro encajan en cinco grupos fundamentales:

- obsecuencia como estrategia de supervivencia,
- oportunismo-arribismo (inclusive el llamado «exilio rosa»),
- fanatización,
- éxodo y
- disensión abierta.

Considerando que el régimen castrista dura ya 43 años (edad que ya cumplieron o están al cumplir los nacidos en el 59) y que los tres primeros grupos

representan a la inmensa mayoría de la población, es decir, considerando la longevidad y el carácter masivo del proyecto totalitario castrista, es fácil comprender la insistencia de Jesús en el binomio tolerancia-reconciliación como única vía hacia un consenso nacional en democracia. Tampoco hay que olvidar que, gústele a quien le guste, en una república poscastrista cada uno de los nueve millones largos de integrantes de los tres primeros grupos podrá emitir libremente su voto. De ahí la trascendencia estratégica de la política de puertas abiertas de *Encuentro*.

Y es que la única manera de que algún día la «Cuba posible» añorada por Jesús se haga realidad pasa inevitablemente por la decantación a nuestro favor de los actuales obsecuentes y oportunistas-arribistas, e incluso del máximo número de fanáticos admisible. Lo contrario equivaldría al mantenimiento *ad infinitum* del *statu quo*. Desde luego, la perspectiva de tener que lidiar con tantos ex verdugos y viejos camajanes no es un aliciente para nadie. Pero hace tiempo que ya renunciamos a construir la «sociedad perfecta». ¿O no? En todo caso, a estas alturas para los que cargamos ya más de 50 almanaques la alternativa de una reconciliación nacional incruenta es por fuerza la mejor y la única variante posible. Jesús ya no verá esa «Cuba posible», esa Cuba que tanto lo obsesionó no sólo en el exilio sino desde siempre. De lo que sí debemos congratularnos los que lo conocimos personalmente y alguna vez compartimos con él es del privilegio de haber gozado de la estima y amistad de un compatriota como él: el cubano posible, que sólo puede ser eso que él supo encarnar mejor que nadie y que yo llamaría más bien el «cubano perfectible».

